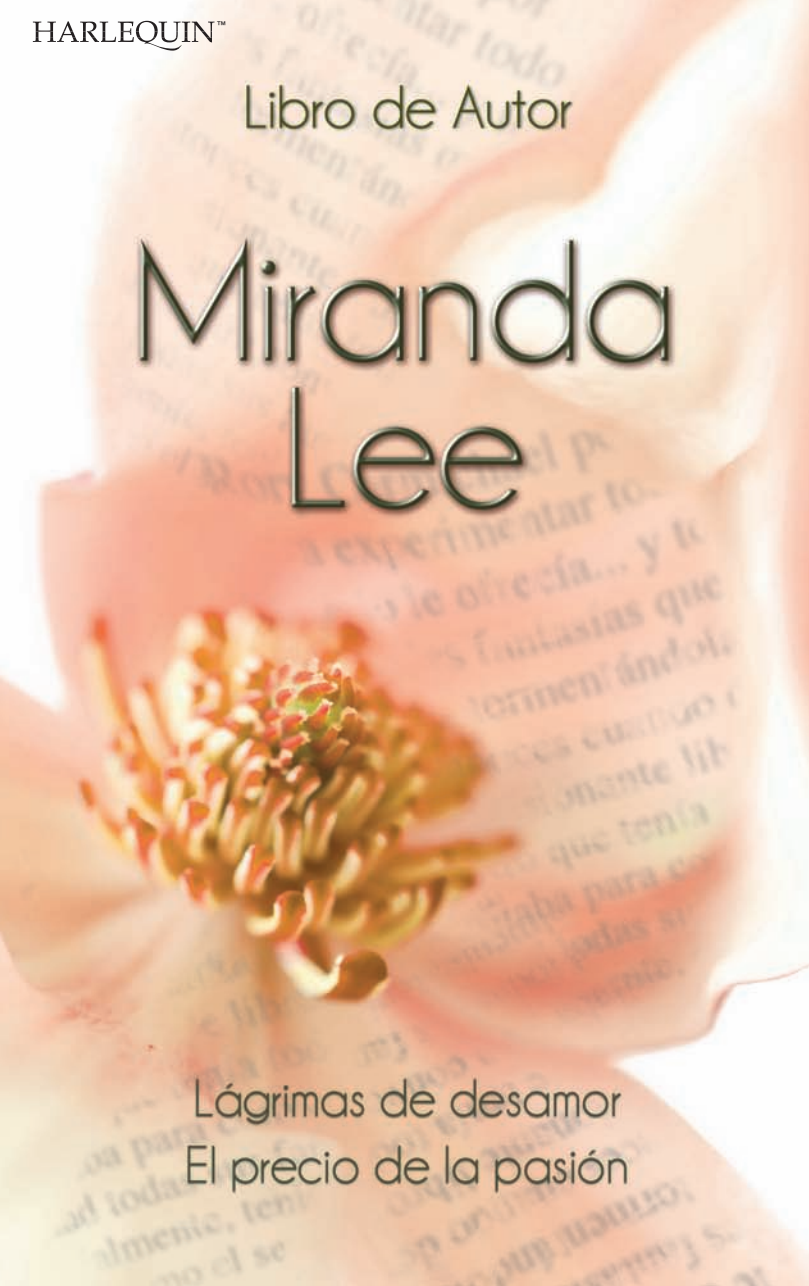
HARLEQUIN™

Libro de Autor

Miranda Lee



Lágrimas de desamor
El precio de la pasión

Miranda Lee

Lágrimas de desamor

HARLEQUIN™

Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2002 Miranda Lee. Todos los derechos reservados.
LÁGRIMAS DE DESAMOR, Nº 100 - marzo 2010
Título original: At Her Boss's Bidding
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres

© 2004 Miranda Lee. Todos los derechos reservados.
EL PRECIO DE LA PASIÓN, Nº 100 - marzo 2010
Título original: The Passion Price
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres

Estos títulos fueron publicados originalmente en español en 2003 y 2004.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con permiso de Harlequin Enterprises II BV.
Todos los personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con alguna persona, viva o muerta, es pura coincidencia.
® Harlequin, logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Books S.A.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

I.S.B.N.: 978-84-671-8343-6
Editor responsable: Luis Pugni
Imagen de cubierta: CZALEWSKY/DREAMSTIME.COM

Prólogo

ERA perfecta, se dijo Justin al ver a la señorita Rachel Witherspoon entrar en la oficina para la entrevista.

De aspecto sencillo y formal, iba vestida con un traje negro nada sexy y tenía el cabello castaño recogido en un moño trenzado. No llevaba maquillaje ni perfume, comprobó Justin con alivio; era la antítesis absoluta de la rubia explosiva que se había paseado por la oficina contoneando el trasero durante el mes anterior, simulando ser su secretaria.

No, estaba siendo injusto. La chica había sido bastante eficiente, pero, al cabo de unos pocos días, dejó claro que sus servicios podían ir más allá de los de una simple secretaria. Aprovechaba cada oportunidad, y cada arma de su considerable arsenal físico, para transmitirle dicho mensaje. Lo había bombardeado con sus sonrisas, sus ropas y sus comentarios provocativos hasta que Justin no pudo soportarlo más. El lunes anterior, al verla entrar con un escote más exagerado que el de una prostituta, le anunció que aquella sería su última semana en la oficina, aduciendo que había contratado a una secretaria permanente.

Era mentira, sí, pero una mentira necesaria para su cordura.

No era que se sintiera sexualmente atraído por ella. Pero cada vez que aquella chica lo abordaba, Justin se acordaba de lo que Mandy había estado haciendo con su jefe. Aún lo hacía mientras viajaba con él por todo el mundo como su ayudante personal.

Justin apretó los dientes al pensarlo. Habían transcurrido dieciocho meses desde que su esposa le confesó lo que ocurría y le comunicó la devastadora noticia de que pensaba dejarlo para amancebarse con su jefe.

¡Dieciocho meses! Pero el dolor no desaparecía. El dolor de la traición y el engaño, agravado por el recuerdo de las cosas que Mandy le dijo aquel último día. ¡Cosas crueles, hirientes!

Otros hombres habrían curado su ego herido acostándose con todas las mujeres que se pusieran a su alcance. Pero él no se había acostado con nadie desde que Mandy lo dejó. La mera idea de intimar físicamente con otra mujer le producía escalofríos. Por supuesto, esto era algo que sus amigos y conocidos varones ignoraban. Uno no confesaba una cosa semejante a otros hombres. Su madre, en cambio, sí lo había intuido. Sabía hasta qué punto lo habían herido la infidelidad y el abandono de Mandy, y no dejaba de decirle que algún día encontraría a una mujer realmente buena que lo ayudaría a olvidarla.

Las madres eran las eternas optimistas. Y unas casamenteras incorregibles.

Así pues, cuando su madre, a quien había ha-

blado de la situación en la oficina, le telefoneó para anunciarle que había encontrado a la secretaria perfecta, Justin se sintió comprensiblemente receloso.

Pero al final accedió a entrevistar a la señora Witherspoon.

Y allí la tenía.

¡Qué delgada estaba! Y parecía terriblemente cansada, con aquellas grandes ojeras. Aunque tenía bonitos ojos, de un color interesante. Pero muy tristes...

Según la fecha de nacimiento que figuraba en el currículum, tenía tan solo treinta y un años, pero parecía más cercana a los cuarenta.

Era comprensible, se dijo Justin, después de lo que había pasado aquellos últimos años. Lo invadió una oleada de compasión y decidió ofrecerle el puesto. Aun así, siguió el procedimiento de la entrevista para que ella no sospechase. A nadie le gustaba la conmiseración. Ni la lástima.

–Bien, Rachel –dijo Justin una vez que ella se hubo sentado en la silla–, mi madre me ha hablado mucho de usted. Y su currículum es impresionante –añadió señalando el historial de trabajo que había recibido por fax el día anterior–. He visto que una vez quedó finalista en el concurso de Secretaria del Año. Y que su jefe en aquel entonces ocupaba un puesto muy alto en la Australian Broadcasting Corporation. Podría hablarme de su experiencia profesional en dicha empresa...

Capítulo 1

ES como en los viejos tiempos, ¿eh? –dijo Rachel a Isabel mientras se metía en la cama y se tapaba hasta la barbilla con el bonito edredón.

–Cierto –respondió Isabel y se acostó en la cama de al lado, rememorando aquellos viejos tiempos.

Rachel e Isabel habían estado en el mismo internado y se habían hecho amigas íntimas desde el primer día. Después de que los padres de Rachel fallecieran en un extraño accidente de tren, cuando ella contaba catorce años, el lazo de amistad que las unía se hizo aún más fuerte. De la educación de Rachel se hizo cargo la mejor amiga de su madre, una señora encantadora llamada Lettie, que vivía en el mismo barrio residencial que los padres de Isabel, en Sidney. Durante las vacaciones, Rachel se quedaba a dormir con frecuencia en casa de Isabel. A veces, su estancia allí se prolongaba varios días. Lettie no ponía ninguna pega. Las chicas se habían hecho inseparables, y nada les gustaba más que permanecer despiertas en la cama y charlar durante horas.

Rachel sonrió a Isabel.

–Me siento como si tuviera quince años otra vez.

«Pues no aparentas quince años», pensó Isabel suspirando para sus adentros. Rachel aparentaba cada uno de sus treinta y un años y algunos más. Lo que era una verdadera lástima. Antaño había sido guapísima, con su lustroso pelo castaño, sus ojos deslumbrantes y una fabulosa figura que Isabel siempre había envidiado.

Pero los cuatro años que había pasado cuidando a su madre adoptiva, aquejada de una enfermedad terminal, tuvieron un grave efecto en ella. Era una mera sombra de sí misma.

Isabel esperaba que al morir Lettie, que había padecido Alzheimer, la pobre, Rachel volvería a trabajar y recuperaría su antiguo vigor. Aún no se apreciaba ninguna mejora, claro que solo llevaba unas semanas trabajando.

Había engordado algún kilo, lo cual era un comienzo. Y cuando sonreía dejaba traslucir un atisbo del vibrante atractivo que poseyó en otros tiempos.

Con suerte, al día siguiente, en la boda, sonreiría mucho. De lo contrario, más tarde se horrorizaría al verse a sí misma en las fotos. Isabel, por su parte, era consciente de tener un aspecto inmejorable. El amor le favorecía. Así como el embarazo.

Estaba radiante.

–Prométeme que dejarás que mi peluquero haga de las suyas contigo mañana –insistió Isabel–. El tono pelirrojo irá mejor que el castaño con tu vestido turquesa. Y nada de recogértelo. Rafe detesta que las mujeres se recojan el cabello. También he contratado a un maquillador, y no quiero oír ninguna queja.

–No pondré objeciones. Es tu día. Haré lo que quieras. Pero, por favor, que sea un tinte temporal. No quiero presentarme el lunes en la oficina con el cabello pelirrojo.

–¿Por qué no?

–Ya lo sabes. Justin me contrató, entre otras razones, porque no me parecía a mi predecesora. Era una mujer llamativa y coqueta, ¿recuerdas? Alice nos lo contó todo sobre ella.

Isabel puso los ojos en blanco.

–No creo que un poco de tinte pelirrojo en el cabello te haga llamativa y coqueta.

–Tal vez no, pero prefiero no arriesgarme. Me gusta mi trabajo, Isabel, y no quisiera perderlo.

–¿Sabes una cosa? Empiezo a estar de acuerdo con Rafe. Dice que un tipo divorciado que despide a una guapa secretaria por coquetear con él o es un paranoico con respecto a las mujeres o es gay.

–No despidió a mi predecesora –repuso Rachel a la defensiva–. Era una secretaria eventual. Y Justin no tiene ninguna paranoia con las mujeres. Conmigo es muy simpático.

–¿No se le ve amargado ni retorcido?

–Nunca he visto evidencias de ello.

–Bien, entonces quizá sea gay. ¿Tú qué opinas? ¿Es posible que su mujer lo dejara por eso?

–La verdad es que no lo sé, Isabel; y, francamente, no me importa. Lo que haga mi jefe en su vida privada solo le atañe a él.

–Pero dijiste que era muy guapo. Y que tiene treinta y pocos años. ¿Vas a decirme que no te sientes atraída por él? ¿Ni un poquito?

–En absoluto. No –repitió Rachel firmemente cuando Isabel la miró con los ojos entrecerrados.

–No te creo. Hace poco me dijiste que te sentías tan sola, que te acostarías con cualquier cosa que llevara pantalones. ¿Y ahora trabajas con un hombre guapísimo, posiblemente heterosexual, y no fantaseas con él? Puede que estés algo deprimida, Rachel, pero no estás muerta. Soy tu mejor amiga. He sido tu confidente en cuestiones íntimas y personales durante muchos años. Sé que perdiste la virginidad a la tierna edad de dieciséis, y que después de eso no te faltó nunca pareja hasta que Eric te dejó. Quizá te inspiren poca simpatía los hombres, después de lo que te hizo ese bastardo, pero...

–Me siguen gustando algunos hombres –la interrumpió Rachel–. Me gusta Rafe –añadió con una sonrisita pícara.

–Sí, a todas las mujeres les gusta Rafe –respondió Isabel cínicamente–, incluso a mi madre. Pero dado que Rafe es el padre de mi futuro hijo, y va a casarse conmigo mañana, no puede ser tuyo, ni siquiera en préstamo. Tendrás que buscarte a otro que satisfaga tus necesidades sexuales.

–¿Quién ha dicho que yo tenga necesidades sexuales?

–¿No las tienes? –Isabel se sorprendió. ¡Si debía de llevar unos cuatro años de celibato!

–Al parecer, no. Ya rara vez pienso en el sexo; y lo necesito aún menos. En realidad –continuó Rachel en tono pensativo–, nunca he necesitado el sexo por el sexo. Para mí tan solo era otra faceta de estar enamorada. Perder la virginidad a los dieciséis no fue un impulso sexual tanto como emo-

cional. Me había enamorado por primera vez y deseaba entregarme a Josh.

–Pero disfrutaste. Me lo dijiste luego.

–Sí, claro que sí. Pero no buscaba únicamente sexo. Deseaba experimentar esa maravillosa sensación que es estar enamorada.

Isabel sonrió.

–Es posible gozar de buen sexo sin que haya amor por medio, Rach.

–Quizá sea así para ti, pero no para mí. Cuando dije que me acostaría con cualquiera tras la muerte de Lettie, eran mi soledad y mi dolor los que hablaban. No puedo acostarme con cualquiera. Para eso tengo que estar enamorada y, sinceramente, después de mi experiencia con Eric, no me creo capaz de volver a enamorarme. Me faltan la fuerza y el valor necesarios. Eric me hirió más de lo que podría expresar con palabras. Pensé que me amaba tanto como yo lo amaba a él. Pero ahora, al volver la vista atrás, no creo que me amara lo más mínimo.

–Ese canalla egoísta no te quería. Pero eso no significa que algún día no puedas conocer a un hombre que te ame como mereces ser amada.

–Lo dices porque tuviste la suerte de conocer a Rafe. No hace mucho, tenías una opinión menos elevada del sexo masculino.

–Cierto –Isabel no podía negar que siempre había sido escéptica en lo que a los hombres se refería. Conocía el pasado de Rachel y no podía reprocharle que albergara esos sentimientos. Eric la había tratado vergonzosamente, dejándola al enterarse de que pensaba dejar su trabajo para cuidar

de Lettie. Eso, sumado al hecho de que el propio marido de Lettie abandonase a su cada vez más torpe esposa, debió de ser la gota que colmó el vaso. Con razón la fe de Rachel en el sexo masculino se había visto seriamente mermada.

–Soy feliz así, Isabel –siguió diciendo Rachel–, sin un hombre en mi vida. Disfruto mucho con mi trabajo. Es muy interesante trabajar para un asesor bursátil. Estoy aprendiendo mucho sobre la Bolsa y sobre las finanzas en general; nunca han sido mi especialidad, como sabes muy bien. Me estoy planteando ir a la universidad por las noches el año que viene y estudiar Empresariales. Tengo planes para mi vida, Isabel, así que deja de preocuparte por mí.

Isabel suspiró. Siempre había dicho que Rachel era una chica valiente, pero poco afortunada. Esperaba que, algún día, apareciese un hombre digno de ella. Un hombre con carácter y sensibilidad. Un hombre que tuviese mucho amor que dar.

Porque eso era lo que Rachel necesitaba. Ser amada. Sincera y profundamente. Con desesperación.

«Como Rafe me ama a mí», se dijo Isabel ensoñadoramente.

Dios santo, era muy afortunada.

Pobre Rachel. Sentía muchísima lástima de ella.

Capítulo 2

EL lunes por la mañana, Rachel se apresuró por la calle para no llegar tarde. Había tomado un tren posterior al que tomaba siempre, pues esa mañana había tardado en prepararse para ir a trabajar, y ahora trataba de recuperar el tiempo perdido.

Al doblar una esquina, el sol matutino la deslumbró, aunque no por ello aflojó el paso. Comprendió que el día sería caluroso. La primavera se había retrasado aquel año, pero había entrado con fuerza. Ni una sola nube manchaba el claro cielo azul.

Estaba claro que tendría que comprarse ropa nueva pronto. Adquiriría prendas que no fuesen de color negro, aunque tampoco excesivamente brillantes o frívolas. Por desgracia, habría de posponer tales compras hasta que Isabel volviera de su luna de miel. Rachel no tenía ni idea de dónde estaban las tiendas a las que su amiga la llevó la última vez. De momento, pues, tendría que seguir vistiendo de negro.

Bendito fuese el aire acondicionado, pensó mientras se subía las mangas de la chaqueta y avanzaba por la empinada calle. Una mirada de

soslayo a su reflejo en el escaparate de una tienda bastó para arrancarle un gemido. Aún tenía el cabello pelirrojo, pese a los numerosos lavados que se dio el día anterior y esa misma mañana. Si Isabel no se hubiera encontrado camino de ultramar en su viaje de novios, la habría puesto de vuelta y media. Su peluquero debió de utilizar un tinte semipermanente, estaba segura de ello.

Cierto era que había resultado muy atractiva en la boda. Desde lejos, claro. Era asombroso lo que un vestido elegante, un peinado bonito y un buen maquillaje podían lograr.

Pese a todo, Rachel se alegraba de que los repetidos lavados hubiesen rebajado un poco la intensidad del tinte. Como le había dicho a Isabel, adoraba su trabajo y no deseaba perderlo. Ni poner en peligro la relación que ya había entablado con su jefe, basada en la profesionalidad y el respeto mutuo.

Rachel llegó sin resuello al alto edificio de oficinas sede de AWI, la enorme compañía de seguros donde trabajaba. Justin era un analista financiero independiente que AWI había contratado como asesor durante dos años; después, tenía intención de abrir su propia asesoría, preferiblemente lejos del núcleo céntrico de la ciudad, explicó a Rachel un día mientras tomaban café durante un descanso.

Rachel valoraba mucho a su jefe. Admiraba su férrea ética profesional y su falta de arrogancia. Casi todos los hombres con su físico y su inteligencia poseían egos igualmente grandes. Justin, no. No era que fuese perfecto, ni mucho menos. Tenía sus momentos de persona difícil y exigente. Y algunos días su humor dejaba mucho que desear.

Aun así, nada le gustaría más a Rachel que irse con él cuando abriese su asesoría. Justin ya había sugerido que tal cosa era posible, si ella así lo quería. Parecía satisfecho con sus servicios.

Una ráfaga de sol iluminó el cabello pelirrojo de Rachel mientras cruzaba las puertas giratorias de cristal del vestíbulo. Rachel gimió de nuevo. Definitivamente, aprovecharía la hora del almuerzo para comprar otro tinte castaño.

Nadie la miró dos veces mientras subía en el ascensor al décimo quinto piso; en realidad, nadie la conocía. Justin trabajaba solo, en un área muy reservada, y se comunicaba con otros miembros de la empresa por teléfono o correo electrónico. Asistía todos los meses a reuniones con los ejecutivos, pero nunca iba a los actos sociales celebrados por la compañía y se negaba terminantemente a involucrarse en la política interna de AWI.

En realidad, su jefe era un solitario.

Lo cual le parecía perfecto a Rachel. La verdad era que se había vuelto un poco tímida, menos con sus amigos más cercanos, como Isabel y Rafe, cosa que no era en absoluto propia de ella. Antes había sido muy extrovertida. Isabel insistía en que acabaría recuperando su antigua personalidad, pero Rachel empezaba a dudarlo. Las experiencias de los últimos años la habían cambiado. Se había vuelto introvertida. Y seria. Y, por qué no decirlo, sosa.

Ese era el mayor de los cambios que había experimentado, desde luego. Había perdido su atractivo, y tiñéndose el pelo no iba a recuperarlo. Todo aquello la hacía sentirse estúpida.

Al abrirse las puertas del ascensor, Rachel corrió como una bala por el pasillo, esperando haber llegado antes que Justin. Su jefe hacía ejercicio en el gimnasio de la empresa todos los días, antes de ponerse a trabajar, y en ocasiones perdía la noción del tiempo, de ahí que se presentase tarde algunas mañanas.

La puerta estaba cerrada, lo que anunciaba que aquella era una de esas mañanas. Rachel suspiró aliviada. Se encontraba sentada a su mesa, compuesta y trabajando con el ordenador cuando la puerta se abrió al cabo de quince minutos.

El corazón le dio un vuelco. ¿Qué diría su jefe cuando viera su pelo?

Justin entró dando grandes zancadas, tan atractivo como de costumbre, con un traje azul marino, camisa blanca y corbata azul claro. Tenía el cabello aún húmedo, lo que indicaba que se había duchado hacía poco rato. Llevaba los periódicos de la mañana debajo de un brazo y su maletín negro en la otra mano. Parecía distraído, ceñudo, con el entrecejo fruncido sobre su fuerte y recta nariz, en un gesto de preocupación.

–Buenos días, Rachel –saludó mirándola brevemente mientras pasaba de largo–. Deja el café para dentro de diez minutos, ¿quieres? –dijo mientras entraba en su despacho privado–. Tengo algo que hacer antes.

Cuando hubo cerrado la puerta, Rachel miró furiosa en su dirección. Sus ojos castaños mostraban por primera vez un atisbo de resentimiento femenino.

–¡Pues vaya! –exclamó mirando la puerta cerrada–. ¡Buenos días!

Ni se había fijado en su cabello. Ni aunque hubiese estado completamente desnuda lo habría notado, se dijo Rachel. Pese a los kilos que había ganado recientemente, continuaba estando muy delgada.

«A pesar de todo, sigues teniendo más pecho que yo», le había dicho Isabel mientras se vestían para la boda. «Estás muy bien proporcionada. Me has sorprendido».

Rachel se había reído entonces. Y volvía a reírse ahora, aunque en otro tono. ¿Por qué diablos se estaba imaginando a sí misma desnuda?

Todo era culpa de Isabel y sus estúpidas sugerencias acerca de Justin y del sexo.

¡El sexo! Algo en lo que no valía la pena pensar ya.

Rachel intentó trabajar durante los siguientes ocho minutos a despecho de su enojo. Finalmente, se rindió y se levantó para servirle a Justin una taza de café.

–Adelante –dijo Justin cuando ella llamó diez minutos después de que él hubiese emitido su orden.

Al entrar, Rachel lo encontró sentado ante la hilera de ordenadores que se alineaban al fondo de su despacho en forma de U. Justin permanecía de espaldas a ella mientras iba con su silla giratoria de un ordenador a otro, deteniéndose un par de segundos en cada pantalla. Se había quitado la chaqueta y tenía la camisa remangada. También se había aflojado la corbata, se dijo Rachel sin necesidad de verlo para saberlo.

–Deja el café ahí –indicó él dando una palmadita en la mesa sin alzar los ojos.

Haciendo una mueca de frustración, Rachel dejó la taza de café y estaba a punto de salir cuando, de repente, se detuvo.

–Justin...

–¿Mmm? –murmuró él sin levantar la mirada.

Ella suspiró.

–Justin, tengo que hablar contigo –dijo firmemente.

–¿De qué?

–Quisiera explicarte lo de mi cabello pelirrojo.

–¿Qué cabello pelirrojo? –Justin se giró por fin y levantó los ojos. Frunció el ceño y ladeó ligeramente la cabeza–. Mmm. Es un poco brillante para ti, ¿no?

Rachel hizo una mueca.

–Me pareció adecuado para la boda del sábado –explicó, espoleándola su orgullo a decir algo en su defensa.

Él abrió de par en par sus ojos azules.

–¿Boda? ¿Qué boda? Dios santo, Rachel, no te habrás casado durante el fin de semana sin decirme nada, ¿verdad?

Rachel casi se echó a reír.

–No debes preocuparte por algo semejante, Justin –respondió cínicamente–. No, fui dama de honor en la boda de mi mejor amiga. Ella insistió en que me tiñese el cabello de pelirrojo para la ocasión. En teoría, el tinte debía desaparecer con un simple lavado. Pero, como puedes ver, no ha sido así. Solo quería asegurarte que volveré a teñírmelo de castaño esta misma noche.

Él se encogió de hombros, indiferente, antes de agarrar la taza de café.

–¿Para qué tomarte la molestia? –dijo entre sorbos–. No estás tan mal. Y el tinte se te acabará yendo con el tiempo, conforme te crezca el pelo.

Los hombros de Rachel se tensaron. ¿Que esperase hasta que le creciera el pelo? ¿Realmente pensaba que tenía tan poco orgullo como para pasearse con media melena pelirroja y otra media castaña durante dos años, por lo menos?

–Estoy horrible y tú lo sabes –dijo bruscamente antes de alejarse para no decir algo de lo que pudiera arrepentirse.

Rachel podía notar cómo él la miraba mientras se dirigía hacia la puerta abierta, seguramente preguntándose qué le ocurría. Ella jamás le había hablado en ese tono con anterioridad. No obstante, cuando se volvió para cerrar la puerta, vio que Justin no la estaba mirando en absoluto. Ni pensando en ella. Volvía a estar absorto en su laberinto de ordenadores.

Rachel solo fue consciente de la magnitud de su ira cuando intentó ponerse a trabajar de nuevo. No entendía por qué estaba tan enfadada con Justin. Su reacción de indiferencia ante su cabello debería haberla complacido. Pero, por un momento, por un vívido e intenso momento, había sentido deseos de quitarle la taza de café de las manos y arrojársela a la cara.

Fue tal vez una suerte que su jefe no saliera del despacho en toda la mañana ni la llamase para pedir más café. Estaba claro que se hallaba inmerso en algo importante, alguna idea nueva en el campo de la programación o alguna crisis financiera que requería toda su atención.

Rachel había descubierto que Justin no solo era un genio de las finanzas, sino también de la informática. Había creado varios programas para seguir y predecir las tendencias de los mercados y analizar otras fuerzas económicas. Aparte de atender sus labores normales de secretaria, Rachel pasaba un par de horas cada día introduciendo datos en los enormes archivos utilizados por tales programas. Necesitaban actualizaciones constantes para funcionar de forma adecuada.

Estaba terminando aquella tediosa parte de su trabajo, poco antes del mediodía, cuando la puerta principal se abrió y entró la madre de Justin.

Alice McCarthy tenía poco más de sesenta años; era viuda y tenía dos hijos. Había sido una de las mejores clientas de Rachel durante los cuatro años en que esta se sirvió de sus habilidades con la costura para poder llegar a fin de mes. Alta, de hombros anchos, con una delantera formidable y unas caderas increíblemente estrechas, Alice tenía problemas para encontrar ropa que le quedase bien. Así pues, necesitaba una modista competente capaz de arreglar las prendas de vestir que compraba.

Hasta hacía poco, Rachel había sido esa modista. Alice la conoció mediante uno de los folletos que Rachel había distribuido anunciándose como costurera.

A pesar de la diferencia de edad, las dos se llevaron de maravilla desde el principio. La vitalidad de Alice había aportado un poco de alegría a la vida aburrida de Rachel. Al morir la madre adoptiva de esta, Alice tuvo el generoso detalle de recomendar

a Rachel para el puesto que ocupaba ahora, pese a saber que tendría que buscarse otra modista.

–¡Alice! –la saludó Rachel con alegría–. Qué maravillosa sorpresa. Tienes un aspecto inmejorable. El azul siempre te ha sentado bien.

Alice, tan susceptible a un cumplido como cualquier otra mujer, sonrió de oreja a oreja.

–Lisonjera. Nada me sienta bien con esta desastrosa figura que tengo. Pero hago lo que puedo. Caramba, tú sí que tienes mejor aspecto. Has engordado. Y te has teñido el pelo.

Rachel se palmeó el cabello.

–No por mucho tiempo. Esta noche volverá a su castaño de siempre. Tuve que teñírmelo para la boda de Isabel. Te acuerdas de ella, ¿verdad? La conociste en el funeral de Lettie.

–Sí, claro que me acuerdo. Una rubia muy guapa.

–Exacto. Quiso que me tiñera de pelirrojo para la ocasión. Aunque iba peinada de otra manera, claro. Con el cabello suelto y ondulado. También me puse más maquillaje que una modelo en una sesión fotográfica.

–¡Seguro que estabas guapísima!

–No creas. Pero quedé muy bien en las fotografías. Sé que este color no me favorece para llevarlo a diario.

–Pero podría favorecerte, Rachel, si te maquillaras más. La única pega es que resalta demasiado en alguien de tez tan pálida. Y ese traje negro resulta demasiado austero, en contraste. Pero si te pusieras algo azul, por ejemplo –añadió Alice con ojos chispeantes–, y te aplicaras un poco de maquillaje, ese cabello pelirrojo quedaría perfecto.

–Alice –dijo Rachel con cierta cautela–, tú misma me hablaste de mi predecesora. Esa secretaria temporal tan despampanante y coqueta de la que tu hijo se deshizo con alivio. Si Justin me dio este trabajo es porque le gusta mi aspecto.

Alice puso los ojos en blanco.

–Ese chico ya ni sabe lo que le gusta –gruñó–. La fulana de su mujer le hizo una verdadera faena. Si volviera a encontrármela, sería capaz de...

Fuera lo que fuese lo que Alice pensaba hacerle a la ex esposa de su hijo, quedó sin decir, pues en ese momento se abrió de golpe la puerta del despacho de Justin.

–¡Mamá! Me pareció oír una voz conocida. ¿A qué has venido? ¿Y de qué estabais hablando? No habrás estado chismorreándole a Rachel de mí, ¿verdad?

Alice se ruborizó, aunque se las arregló para no parecer demasiado culpable.

–Yo nunca chismorreo –respondió a su hijo en tono desafiante–. Solo digo verdades.

Justin se echó a reír.

–En ese caso, ¿a qué has venido? Y nada de mentiras piadosas. La verdad, toda la verdad y nada más que la verdad.

Alice se encogió de hombros.

–Vine temprano a la ciudad a hacer algunas compras; pero no vi nada que me gustase y se me ocurrió pasarme por aquí para invitarte a almorzar. Y a Rachel también, si ella quiere.

–Oh, no. No puedo –protestó Rachel de inmediato–. Tengo que ir a comprar una cosa. A saber, tinte castaño.

–Yo tampoco puedo –informó Justin a su madre–. Anoche se produjeron ciertos movimientos inesperados en la Bolsa de valores y he de redactar un informe para los poderes fácticos. Así que almorzaré mientras trabajo. Pensaba enviar a Rachel en busca de algunos sándwiches.

–Pobre Rachel –dijo Alice–. Creí que los tiempos en que las secretarias hacían esas labores tan ignominiosas ya habían pasado. Seguro que le pides que te lleve café unas veinte veces al día. ¿Y qué más? ¿También va a la lavandería a recoger tu ropa?

Justin pareció sorprendido.

–Pues sí, ha ido a recoger mi ropa en un par de ocasiones –sus ojos se llenaron de preocupación mientras se desviaban hacia Rachel–. ¿Te disgusta hacer ese tipo de trabajo, Rachel? Nunca me habías dicho nada al respecto.

Rachel suspiró. Por supuesto que no le disgustaba. Si Alice pensaba que esos quehaceres eran ignominiosos, que probara a cambiar sábanas empapadas de orín todas las mañanas.

–No, no me importa en absoluto. De verdad, Alice –insistió al ver que la madre de Justin se mostraba escéptica–. No me importa.

Entonces fue Alice quien suspiró.

–No, claro que no. Pero no te aproveches de la buena naturaleza de Rachel –advirtió a su hijo.

Rachel deseó que Alice simplemente cerrase la boca.

Los ojos de Justin volvieron a encontrarse con los suyos y, por su expresión exasperada, Rachel comprendió que él pensaba exactamente lo mismo.

Le dirigió una sonrisa de complicidad, y los ojos azules de Justin chispearon en respuesta.

–Yo jamás me aprovecharía de Rachel –dijo él a su madre–. La valoro demasiado como para correr el riesgo de perder a la mejor secretaria que un hombre puede desear.

Rachel notó que se le acaloraban las mejillas ante sus halagos.

En ese momento no comprendió lo irónicos que eran.

Capítulo 3

LA mayoría de los solteros de la ciudad esperaban con ansiedad las tardes de los viernes. Salían de las oficinas e iban a sus bares favoritos a tomar unas copas; tenían por delante un fin de semana, dos días completos durante los cuales podrían olvidarse de sus ordenadores y sus mesas de trabajo.

Rachel era una de las excepciones a la regla. Desde que volvió a trabajar, detestaba los fines de semana, porque odiaba la perspectiva de pasar dos días sin hacer nada.

Mientras iba de camino a la oficina, el viernes por la mañana, Rachel se dijo que debería ir de compras ese fin de semana, simplemente por hacer algo. Siempre podía leer o ver la televisión, desde luego; pero, por algún motivo, no deseaba quedarse metida en casa. Le apetecía salir a dar una vuelta.

Rachel miró al cielo antes de entrar en el edificio. Las nubes aparecían más espesas que en el día anterior. Tal como se había pronosticado, el tiempo había cambiado de un día para otro, trayendo consigo lluvias intermitentes.

La idea de que lloviese durante el fin de semana desanimó a Rachel respecto a ir de compras. Tal

vez debiera esperar a que Isabel volviese, después de todo. En realidad, no tenía ninguna prisa; podía seguir utilizando sus trajes negros unos días más.

Sí, decidió mientras atravesaba la puerta giratoria de cristal. Las compras podían esperar.

Justin ya estaba en la oficina cuando Rachel llegó. Sorprendentemente, había puesto él mismo la cafetera y estaba sirviéndose una taza de café al entrar ella. Llevaba puesto uno de los trajes favoritos de Rachel, un conjunto de color gris claro que realzaba el color moreno de su pelo y el azul de sus ojos.

–Buenos días –saludó él con una sonrisa afectuosa–. ¿Quieres que te sirva una taza?

–Sí, por favor –contestó ella, más animada ahora que había llegado al trabajo. Dejó el bolso negro y el paraguas.

–¿Qué tal hace? –inquirió Justin mientras le pasaba la taza.

–Está nublado.

–¿Pero no está lloviendo?

–Todavía no, aunque lloverá pronto.

–Mmm.

Rachel detectó algo en aquel «mmm» que picó su curiosidad.

–¿Por qué lo dices? –preguntó–. ¿Tienes algo planeado para el fin de semana que temes que estropee la lluvia?

Él se retiró la taza de los labios.

–En realidad, es todo lo contrario. No estaré en Sidney. Volaré a la Costa Dorada esta tarde para pasar el fin de semana en un hotel de cinco estrellas, situado junto al mar.

–Qué suerte –replicó ella, preguntándose con quién pasaría el fin de semana.

–No tienes por qué sentir envidia. Tú vendrás conmigo.

Rachel se alegró de haber dejado la taza de café sobre la mesa, porque estaba segura de que, de lo contrario, la habría derramado.

Justin dejó escapar una risita.

–Deberías ver la cara que has puesto. Pero no te asustes. No será un fin de semana deshonesto. Se trata de un asunto de trabajo.

Rachel cerró la boca entonces. Por supuesto que se trataba de trabajo. ¿Cómo pudo haber imaginado, aunque fuese por un segundo, que pudiera ser otra cosa?

–¿Qué clase de trabajo? –inquirió, sintiéndose ya lo bastante segura como para agarrar la taza y tomar un sorbo de café.

–Un trabajo de asesoría financiera distinto de los que suelo hacer. Al parecer, ese hotel, llamado Sunshine Gardens, está en venta, y AWI está interesada en su compra, así que quiere información de primera mano sobre sus posibilidades. En teoría, podremos disfrutar de un poco de tiempo libre, salvo mañana por la noche. Cenaremos con el director y después nos mostrarán un informe de datos y cifras, destinado a convencernos de que se trata de una sólida inversión. En teoría, tendría que haber ido Guy Walters, pero le es imposible, así que iré yo en su lugar.

Rachel arrugó la frente.

–¿Quién es Guy Walters? No lo recuerdo.

–Seguro que lo conoces. Un tipo fuerte y cor-

pulento, de unos cuarenta años. Calvo. Se encarga de las inversiones inmobiliarias.

Rachel intentó hacer memoria.

–No, no recuerdo a nadie con ese aspecto.

Ahora fue Justin quien frunció el ceño.

–Tienes razón. Guy no ha venido a verme desde que tú empezaste. Hago pesas con él todas las mañanas. Ha tenido que tomar un vuelo urgente a Melbourne, porque su padre está enfermo, y me rogó que lo sustituyese. También dijo que la opinión de una mujer era fundamental en este asunto. Según él, las mujeres percibís cosas de las que nosotros no nos damos cuenta.

–¿Y qué mujer iba a acompañarle a él? ¿Su secretaria? ¿Alguna colega?

–Pues no, pensaba ir con su esposa. Cuando señalé que yo no estaba casado, contestó que no seguramente no tendría dificultades en encontrar a alguna chica. Piensa que mi agenda está repleta de números de teléfono de mujeres dispuestas a pasar conmigo un fin de semana.

Rachel dejó de beber el café.

–¿Y no es así?

–Por Dios, no –la expresión de desagrado de Justin era evidente–. No es mi estilo.

Rachel no sabía qué pensar. Tal vez no le gustaban las mujeres, simplemente. O quizás fuera algo anticuado en lo que respectaba a la moral y las costumbres.

Aun así, a la escéptica que había en Rachel le costaba trabajo creer que un varón heterosexual de la edad de Justin prescindiese totalmente del sexo.

–Le dije a Guy que llevaría a mi valiosa y astu-

ta secretaria –agregó Justin–. Si estás libre claro. ¿Lo estás?

–Sí, pero...

–¿Pero qué?

–¿Y el alojamiento? Si ese tipo pensaba ir con su mujer...

–Ya he pensado en eso, y no hay por qué preocuparse. AWI dispondrá de una suite con dos dormitorios y baños separados. Además, no tendrás que pasar cada minuto del día conmigo. Serás libre como un pájaro. Eso sí, espero que me acompañes a la cena del sábado.

–Eh... ¿Y qué ropa debo ponerme para una ocasión así?

–Guy dijo que sería una cena de etiqueta. Solo Dios sabe por qué. ¿Dispones de algún conjunto adecuado en tu guardarropa? Si no, estoy seguro de que AWI podrá costearte un vestido. Puedes comprarlo allí mismo mañana. En las localidades turísticas hay muchas boutiques.

–No, tengo un vestido idóneo –respondió Rachel, pensando de inmediato en el traje que había llevado en la boda. Un escalofrío le recorrió la espalda al pensar en cómo reaccionaría él si la viese con el cabello suelto, en lugar de recogido en un moño, y con un poco de maquillaje. Nada exagerado, desde luego. Algo clásico y elegante.

–Magnífico. Y no olvides que allí hace bastante calor en esta época del año –prosiguió Justin–. Necesitarás ropa ligera para el día. E informal.

Rachel vio la expresión de sus ojos mientras recorría con la mirada el austero traje negro que ella llevaba puesto.

–Tranquilo, Justin –contestó ella cínicamente–. Tengo ropa más informal que esta.

Y era gracias a Isabel. Cuando esta rompió con su antiguo prometido, le regaló a Rachel todo su guardarropa, que había adquirido para un posible viaje de luna de miel a un país tropical. En aquel entonces, Rachel pensó que jamás tendría ocasión de utilizarlo. Y ahora tenía la oportunidad.

¡Qué extraño giro del destino!

–¿Cuándo sale el avión? –inquirió.

–A las cuatro, así que tenemos poco tiempo para hacer todo lo que tenemos pendiente antes de irnos. Aún he de comprobar cómo andaban las Bolsas anoche y tú tienes que actualizar los datos. Así que, veamos... Vives en Turramurra, ¿verdad?

–Por el momento.

Él arrugó la frente.

–¿Qué quieres decir con eso?

–La casa es de mi amiga. Me hospedo con ella temporalmente desde que murió mi madre adoptiva. ¿No te acuerdas? Te hablé de Lettie y de su enfermedad en la entrevista.

Justin se dio una palmada en la frente y dirigió a Rachel una mirada de disculpa.

–Naturalmente. Me explicaste que pensabas buscar una vivienda más cercana a la ciudad. Lo siento. Lamento no haberte escuchado ese día. ¿Has encontrado ya algo?

–Estoy cuidando de la casa de Isabel mientras ella está de luna de miel. No volverá hasta dentro de quince días. Pero pienso alquilar una vivienda propia cuando regrese.

–Los pisos de alquiler están muy caros –advir-